

El primero es una carta oficial del Dr. don José María Castro, Secretario General del Gobierno de don José María Alfaro, dirigida el 22 de febrero de 1844 al Obispo Viteri en San Salvador, en que refiriéndose a la que éste había escrito con fecha 25 de diciembre de 1843 al vicario y clero de Cartago, en que por medio de ellos ofrecía sus servicios al Gobierno de Costa Rica para obtener en Roma la erección de una silla episcopal en el Estado, le manifiesta que el Gobierno los acepta, añadiendo que a fin de que el envío de las bulas "no tenga ya los deplorables obstáculos que privaron a V. S. I. del placer de conducir las desde Roma", había dado a don Calixto Acosta, portador de la carta oficial, el encargo de entregarle la cantidad de mil quinientos pesos; y a la vez le remitía el informe del Cabildo de León y la terna que el Gobierno de Costa Rica le presentaba a Su Santidad para la elección del obispo, así como un expediente sobre la vida canónica y costumbres de los eclesiásticos que figuraban en ella.

El segundo documento es la terna referida, de fecha 24 de febrero de 1844 y firmada por el Jefe del Estado don José María Alfaro y su Secretario General Dr. don José María Castro, terna que confirma la suposición hecha por el señor González Víquez de ser probable que el señor Castro hubiese postulado a su tío para primer obispo de Costa Rica. En efecto, el Dr. don Juan de los Santos Madriz, a la sazón cura párroco de San José, rector de la Universidad y diputado a la Asamblea constituyente, figura de primero en la terna; el presbítero don José Gabriel del Campo, ex vicario foráneo, de segundo, y el presbítero don Joaquín García, ex ministro del Gobierno del Estado, de tercero.

En cuanto al Obispo Viteri y Ungo tenemos que recibió, para los gastos de expedición de las bulas, mil pesos del Gobierno de Carrillo en 1841; mil quinientos pesos del de Alfaro a principios de 1844, más seiscientos de este mismo gobierno en junio del mismo año, o sean tres mil cien pesos en total; pero no vinieron las bulas ni aparece que el señor Viteri restituyera este dinero.

R. F. G.

La batalla de Santa Rosa ⁽¹⁾

Traducido del inglés

Poco después el coronel Schlessinger recibió la orden de marchar al departamento del Guanacaste. El nombramiento de Schlessinger como jefe de la fuerza invasora era a todas luces desacertado y es probable que el general Walker no lo habría hecho, a no ser por el deseo que tenía de desquitarse de la expulsión ignominiosa que aquél sufrió en Costa Rica. En primer lugar Schlessinger era alemán, o para hablar en el lenguaje zumbón de los muchachos, un *Dutchman*; en segundo

(1) WILLIAM V. WELLS, *Walker's Expedition to Nicaragua*, pág. 156 y siguientes.

término era judío, y por último de índole caprichosa, violenta y despótica, que inspiraba más temor que afecto. A la vez que los oficiales envidiaban su rápido ascenso y la brillante oportunidad que se le ofrecía para distinguirse, los soldados le odiaban mucho y ni la misma severidad de la disciplina militar lograba impedir del todo que sus expresiones de desprecio y aversión llegasen a oídos del jefe. Más de uno de los que vieron la expedición después de su salida de la bahía de La Virgen, observó que el mayor peligro a que Schlessinger estaba expuesto le vendría de un tiro disparado a retaguardia.

Además de estos inconvenientes derivados de sus condiciones personales y del cargo que desempeñaba, la fuerza de Schlessinger era una agrupación de hombres bisonos e indisciplinados, compuesta de los elementos más heterogéneos y contrarios y casi toda mal armada. Había una compañía de franceses, otra de alemanes, una de Nueva York y otra de Nueva Orleáns. Como se ve, para compensar la ausencia de disciplina no existían los lazos de compañerismo, ni era lícito esperar que la emulación viniese a suplir la falta de solidaridad entre hombres que no tenían laureles que defender ni un jefe a quien agradar. Por desgracia, en una empresa de este género tampoco se podía contar con el sentimiento de patriotismo, que a veces suple a todos los defectos e inconvenientes.

Con esta fuerza, formada por 207 hombres (2), el coronel Schlessinger salió de la bahía de La Virgen el 13 de marzo para el Guanacaste. Después del primer día de marcha por el camino del Tránsito, llegó a San Juan del Sur. En este lugar tomó dos guías que se fugaron inmediatamente después de haber cruzado la frontera de Costa Rica. Desde San Juan continuó marchando a razón de unas catorce millas diarias, por un país agreste, intrincado y montañoso. Los soldados iban por los angostos senderos de uno en fondo y padecieron mucho en varios lugares por la naturaleza pedregosa del terreno; sin embargo lo que más los atormentó fué el calor, porque Schlessinger tenía el extraño sistema de hacer alto durante las frescas noches de luna, y de marchar bajo el sol de los trópicos desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Esto motivó muchas protestas, que no tuvieron más efecto que hacer apresurar la marcha hasta el agotamiento casi total de los soldados, cosa que poco afectaba a Schlessinger que iba a caballo. Por supuesto, el descontento era cada vez mayor y el cuarto día se hizo más patente, cuando el coronel sometió al capitán Thorp de la compañía de Nueva Orleáns (compañía A) a un consejo de guerra y despojó de su lugar a esta compañía para dárselo a la francesa. El delito del capitán Thorp consistía en haber denunciado el proceder de Schlessinger, el cual mandó que se abandonase una parte del bagaje de la compañía para dar la mula que lo llevaba a un enfermo. El consejo de guerra absolvió a Thorp, pero sus soldados se resintieron profundamente, así como todos los demás americanos, por haber sido degradada la compañía de Nueva Orleáns de su puesto de honor en beneficio de los franceses y tan sólo por una pretendida falta de su capitán.

Con todo, no fué sino hasta el día siguiente cuando los observadores sagaces de la expedición comenzaron a dudar del valor del coronel. A las diez de la

(2) Estaba en realidad compuesta de 280 a 300 hombres.

mañana se descubrieron dos ranchos situados a la entrada de un bosque, y aunque la tropa tenía necesidad urgente de agua, no se atrevió a avanzar hasta llegada la noche. Hizo entonces formar tres compañías a la orilla del mar, y habiendo mandado a la última que pusiera una rodilla en tierra sacó su pistola; pero antes de que diese la voz de cargar se averiguó que no había nadie en los ranchos. Pasó toda aquella noche en la playa y a la mañana siguiente entraron las tropas a Salinas, lugar donde había carne y agua en abundancia, y Schlessinger aprovechó la oportunidad para darles un día de descanso. Al siguiente marchó temprano de nuevo y hacia el anochecer del martes 19 llegó a la hermosa hacienda de Santa Rosa, a unas doce millas de Liberia.

Razones pudo haber tenido Schlessinger para felicitarse de la excelente posición que le deparara la suerte. En la hacienda había una antigua y espaciosa casa española, sólidamente construida y situada en una altura a diez pies sobre el nivel del camino; por tres de sus costados tenía un fuerte muro de piedra que limitaba un terraplén sobre el cual estaba asentada la casa. Este muro de piedra hacía frente a todas las avenidas de la casa del lado del Pacífico, que era por donde pasaba el camino, a la vez que a retaguardia no hacía falta porque el terraplén llegaba hasta la selva espesa, que de allí iba ascendiendo en una distancia de tres o cuatrocientas yardas, alzándose luego bruscamente a una gran altura, lo que hacía que la casa no pudiera ser atacada de ninguna manera por la retaguardia. A la derecha estaba una cocina que podía servir de puesto avanzado; al frente, en la parte opuesta al camino, se extendía un gran corral cercado de piedra, con un muro divisorio en el medio. Todas estas construcciones eran bastante fuertes para resistir durante algún tiempo los ataques de la pequeña artillería del país. Esta era la posición admirable en que se encontraba el coronel Schlessinger, y la fortuna, como si quisiera darle el golpe de gracia, la había provisto en abundancia de maíz y de zacate para los animales. Allí durmieron en paz los rendidos invasores, entregándose a sus ensueños de conquista, que debían fracasar al siguiente día de manera tan fatal (3).

En la mañana del 20 ocurrieron dos pequeños incidentes que sirvieron para afirmar el odio de la tropa contra su jefe y al propio tiempo para poner de relieve el caprichoso despotismo de la índole de Schlessinger. Un alemán fué encontrado dormido mientras se hallaba de avanzada, y aunque el castigo que señalan las leyes militares para este delito es la muerte, el coronel se conformó con darle una reprimenda; en cambio, un poco más tarde mandó someter a un consejo de guerra a un jovencito de la compañía de Nueva York y lo amenazó con fusilarlo, por cuanto éste había cogido una tortilla de maíz estando de centinela. Dijo al pobre muchacho: "Usted será fusilado; voy a hacer un ejemplo con V."; y seguramente habría llevado a efecto su amenaza, si varios americanos, desesperados ante la perspectiva de semejante ultraje, no hubiesen manifestado la resolución de oponerse a él, obligándolo así a dar contra orden.

(3) Tan fácil creían los filibusteros la conquista de Costa Rica, que en sus equipajes traían hasta guantes blancos para bailar en San José.

A las diez de la mañana un grupo de naturales del país, compuesto de cinco hombres y cuatro mujeres, fué hecho prisionero; pero como no se pudo obtener de ellos ninguna noticia, se dejaron detenidos para que no pudieran llevar informes al enemigo. Por la mañana el capitán Creighton de la compañía de Nueva York había hablado con el coronel para que ordenase una inspección de armas. Igual insinuación se le había hecho el día anterior, y esto era tanto más necesario cuanto que se iban acercando al enemigo, por más que dadas las circunstancias peculiares del caso no era de vital importancia. Muchas de las armas eran de la peor calidad; varias habían sido cargadas en Granada, otras en La Virgen y salvo las que se dispararon en el camino para matar algún buey, todas tenían por lo menos una semana de haber sido cargadas. Las de la compañía alemana apenas si merecían haberlas traído, y estaban además inutilizadas, porque las usaron para saltar riachuelos metiendo el cañón en el agua y mojando luego la carga y la llave al levantarlas. A muchas les faltaba la baqueta, y algunos de los extranjeros ignoraban a tal punto el manejo de las armas, que no sabían cuál de las extremidades del cartucho era preciso romper con los dientes para cargar. Tomadas en consideración todas estas circunstancias, el coronel Schlessinger creyó que podía ser conveniente una inspección de armas y dió la orden de que se hiciera a las dos de la tarde, pero llegada esta hora la pospuso para las tres.

A las dos y cuarto una de las mujeres apresadas en la mañana se quejó de estar enferma, y el coronel, por un capricho de liberalidad, mandó soltar a todos los prisioneros, lo que fué una locura fatal, porque aun no habían transcurrido tres cuartos de hora, cuando llegó un centinela avanzado corriendo y gritando: “¡Vienen los grasientos!” (4) y el enemigo asomó por dos puntos a la vez. A la derecha se veía una pequeña columna en una posición elevada, cerca del costado de la casa; el grueso del ejército avanzaba por la llanura al frente. El centinela habría podido dar el alarma antes, lo que hubiera permitido a los soldados dispersos entrar en formación, pero su rifle no dió fuego. Así fué que tuvo que traer la notivia con los talones, que el enemigo le venía pisando.

El alarma metió la confusión en el campamento, donde ninguno parecía estar tan completamente desconcertado y sobrecogido de pánico como Schlessinger. Sus mejillas palidecieron, las rodillas le temblaban y no podía serenarse lo bastante para dar la orden más sencilla; por lo que faltando toda dirección del cuartel general, los comandantes de compañías tuvieron que obrar por sí solos. Tan pronto como llegó el centinela fugitivo, el teniente Higgins de la compañía de Nueva York mandó tocar el tambor; formada la compañía, el capitán Creighton la condujo a una posición dominante, pero arriesgada, en la esquina izquierda de la casa. Esta posición hacía frente a las dos columnas enemigas que se iban acercando y estaba por consiguiente expuesta al fuego de ambas. Viendo la situación en que se hallaba la compañía de Nueva York, el capitán Thorp formó la suya detrás de ella. Los franceses se situaron a la derecha, a retaguardia de Thorp y a corta distancia de su compañía. Los alemanes no se formaron en absoluto, y los cazadores, conforme a su táctica acostumbrada, se diseminaron por el campo para tirar siempre que hubiera una buena oportunidad.

(4) **The greasers are coming!**

La primera descarga que recibió la compañía C la hizo la columna que venía de la colina situada a la derecha de la casa; pero viendo el capitán Creighton y el teniente Higgins que los que la formaban traían cintas rojas en los sombreros, prohibieron a sus soldados que tirasen, creyendo que podían ser gentes de su mismo batallón que hubiesen llegado allí por error. Al mismo tiempo les llamó la atención el fuego que venía de la parte baja, donde el enemigo, que traía tres pequeñas piezas de artillería, se veía desplegarse hermosamente en la llanura, con toda la serenidad y toda la precisión de una tropa veterana.

En este momento fué cuando Schlessinger se dejó ver por última vez. Apareció un instante en la esquina de la casa, cerca de la compañía de Nueva York, y asomando inquieto por el ángulo de la pared gritó: “¡Ahí los tenéis, muchachos; ahí los tenéis!” En seguida se volvió exclamando: “*¡Compagnie Française!*” y se metió por el bosque a todo correr. La compañía francesa oyó su exclamación y creyendo que deseaba efectuar un movimiento sobre el flanco del enemigo, salió corriendo tras él, seguida de los descarriados alemanes que dejaron caer las armas y se fugaron con las manos vacías.

Entretanto la columna que llevaba cintas rojas hizo otra descarga sobre la compañía C, que comenzó a recibir también el fuego de los de abajo. Con todo, la compañía de Nueva York se abstuvo de tirar contra los de la colina, a causa de la supuesta equivocación, y tampoco lo hizo sobre la otra columna, porque aguardaba que estuviera más cerca; pero una tercera descarga de los de las divisas falsas vino a sacar a los nuestros de su error con la muerte de tres hombres. Entonces el teniente Higgins, que por el estado de excitación en que se hallaba había permanecido al frente de la línea durante todo este movimiento, se retiró de allí y dió la orden de hacer fuego. Nunca fué obedecida con tanto gusto una voz de mando, y la descarga se hizo con tan buena voluntad, que los de la colina vacilaron echando pie atrás. Sin embargo, antes de que la compañía C pudiera descargar de nuevo sus rifles, los enemigos dieron de golpe sobre la entrada de la hacienda, donde los tuvo en jaque por un momento un sujeto llamado Parker, el cual murió allí de un balazo en el corazón; pero en el mismo instante y como para reponer esta pérdida, un excelente tirador de apellido Carhart, que se había situado en la plazuela de la hacienda, echó por tierra a uno de los oficiales enemigos que había estado galopando activamente delante de su línea y que por tres veces descargó su rifle sobre las filas americanas.

El enemigo se había adueñado de todas las avenidas de la hacienda, y la compañía de Nueva York, viéndose sola en el campo, porque la de Nueva Orleáns acababa de abandonarlo, se retiró bajo la protección del mayor O'Neill, que había llegado en aquel momento para pelear con ella, después de haber tratado inútilmente de impedir la fuga de Schlessinger y de inducirlo a que rehiciese su gente. La compañía de Nueva York entró en combate con 40 hombres y se retiró con 22, habiendo sido la única que hizo una descarga y la última que abandonó el campo.

Así pasó la batalla que se llama de Santa Rosa, por ser éste el nombre de la hacienda en que tuvo lugar, y puede decirse que es el más desgraciado de los combates relacionados con el nombre americano y de todos los que registra la historia de las armas en este continente.

Por malo que fuera el comportamiento de las tropas en esta ocasión, la culpa no recae toda sobre su falta de resistencia y de valor. Es indudable que los mismos que huyeron en esta ocasión se habían portado en distintas condiciones con la mayor entereza y valentía; pero es difícil que la tropa más aguerrida y orgullosa resista el efecto desmoralizador de la fuga de su jefe, o que no considere esta circunstancia como una prueba de que está perdida sin remedio. Con un ejemplo tal el pánico era inevitable en cualquier tropa y mucho más tratándose de una chusma de reclutas bisoños, sin espíritu de compañerismo que los ligara, sin sentimiento patriótico que los animase, y mandados por oficiales de vida disoluta e irregular la mayor parte, que no les merecían respeto alguno y que por lo tanto carecían en absoluto de autoridad sobre ellos. Por otra parte, las tropas del enemigo, además de ser dos veces superiores en número y de tener la ventaja del ataque, estaban animadas por los sentimientos más nobles que pueden inflamar el pecho del hombre e iban a las órdenes de Bosque y de Argüello, ambos cumplidos generales, que a más de tener una reputación militar bien sentada, gozaban del prestigio de haber vencido ya a los americanos en el sangriento y desastroso combate de Rivas. Pero hay más todavía, aquellas tropas eran la flor del ejército costarricense y estaban compuestas de hombres a los que un largo servicio había enseñado la más perfecta disciplina, y que profusamente mezclados con oficiales y soldados europeos (5) estaban preparados para dar pruebas de resistencia y de un espíritu militar imponderable. Se dice que maniobraron con la mayor celeridad y precisión, desplegándose, disparando y manejando sus cañones con la misma serenidad y el mismo orden que si hubiesen estado en la parada. Hicieron sus evoluciones al toque de la corneta, echándose a tierra para cargar y poniéndose de pie para hacer fuego; y lo que prueba la excelencia y gran superioridad de sus armas, es que tiraban una bala cónica que debía provenir de la carabina Minié o de algún otro rifle de patente.

(5) En la acción de Santa Rosa no tomó parte ningún oficial ni soldado europeos.